

III

LA CIUDAD DEL AMOR

III

LA CIUDAD DEL AMOR

FXTRAÑO palacio en efecto !
Franqueada la puerta, en vez de la avenida apacible y sombría guardada únicamente por algunos viejos y fieles servidores con rostros graves y respetuosos, se parecía una calle ancha y recta, llena de gente y de ruido, y á los dos lados se alzaban casas de té, iluminadas y empavesadas, leyéndose en los pliegues de las banderolas los títulos de los establecimientos : « A la lluvia de Primavera », « Al bosque de los cerezos », « Al sauce verde ».

— Seguro estoy de que te has equivocado, Yamato, — dijo el príncipe que empezaba á impacientarse. — Demasiados me parecen los

locos que rodean á ese sabio, y te advierto que tanto ruido y tanto bullicio comienzan á aburrirme.

— ¡ Olvidas que hoy es la fiesta de las Muñecas! — exclamó Yamato : — es indudable que con este motivo las damas de honor han dejado entrar á toda esa gente... Pero ven por aquí, príncipe, descansaremos en un lugar tranquilo, y, entretanto, alguien irá á anunciarnos al daimio y á pedirle audiencia.

Y abriéndose paso entre los grupos se lo llevó rápidamente para impedir que viese los folletos que un vendedor ambulante le ofrecía y que contenían las alabanzas y los retratos de las cortesanas, de las bailarinas y de los bufones del Yosi-Wara.

Una mujer elegante y que había debido ser muy hermosa les acogió en los umbrales de la casa de té, y Yamato, á quien al parecer conocía, tuvo tiempo de hacerle una seña para que estuviese sobre aviso, pues había un misterio que no convenía aclarar tan pronto, y entretanto el príncipe, muy sorprendido, examinaba un altarito, colocado cerca de la entrada, en el que se colocaban las ofrendas : arroz, pasteles y flores, cuyos simbolos se hallaban afortunadamente cubiertos con un lienzo de brocado de oro.

Saliéronles al encuentro jovencitas graciosas vestidas con trajes de seda muy ligera, y quitándoles los zapatos les hicieron entrar en una habitación cuyo pavimento estaba cubierto con finísimas esteras blancas. No había nadie en la salita, y por el suelo se veían algunos almohadones muy hermosos y primorosamente bordados, una caja de fumador de laca de oro, y una bandeja llena de tazas y de frascos diminutos. En las paredes, de maderas preciosas, se parecían kakemonos firmados por nombres conocidísimos, y colocados en estantes, álbumes y libros.

Con gran espanto por parte de Yamato, el príncipe se dirigió á los libros con la inocente avidez de un hombre estudioso.

— Por esta vez, todo se ha perdido, — murmuró el estudiante. — Los asuntos tan poco respetables de estos alegres volúmenes vendrán á desenmascarar demasiado pronto nuestra supercheria.

Sin embargo, al leer el título de uno de los álbumes, lo puso inmediatamente en manos de San-Dai, y haciendo una mueca maliciosa, se dijo para sus adentros :

— ¡ Salvados!

Entonces tuvo todo el tiempo que quiso para

llamar á capítulo á la dueña de la casa y explicarle el complot, pues el príncipe, instalándose junto á una linterna velada por blanca seda, hojeaba con mucho interés el álbum y leía las leyendas.

Veía á Sakia-Mouni, adolescente aún, al abandonar su castillo de Kavira-Vasta para dirigirse en busca de la verdadera doctrina moral y para tratar de descubrir el misterio de la vida humana. Llegaba á una gran ciudad y se informaba con respecto del modo como le sería dado ver al gran filósofo á quien quería interrogar. Unos jóvenes locos le indicaban un jardín completamente cubierto de flores, y le decían que sólo sus habitantes podían darle las noticias que deseaba.

En él encontró mujeres deliciosas que le rodearon, le mimaron y le ofrecieron pasteles y frutas, y á sus preguntas con respecto al filósofo, únicamente contestaron con caricias y risas. El libro daba á entender que Buda no se había enojado por esto y que, por el contrario, le había complacido mucho el error, pero San-Dai no podía creerlo y se decía que el final de la historia debía de haber sido falseado.

Yamato se acercó entonces, y mientras la elegante mujer se prosternaba, sentóse junto al príncipe.

— Esta amable persona, — dijo, — se llama Mai-Dzourou, la Cigüeña Bailadora, — y ha sido nodriza de la princesa, la hija adorada del daimio á quien deseas ver, y va á darnos, con respecto á él y á su castillo, todas las noticias posibles.

San-Dai inclinó la cabeza; la Cigüeña-Bailadora se levantó, y sentándose frente á él le ofreció una diminuta pipa de oro, preparada y encendida, que el príncipe aceptó.

— El príncipe nuestro señor, — dijo entonces ella, — es un gran sabio que, abstraído siempre en la lectura de sus libros, apenas tiene tiempo para comer. De nada se ocupa en sus dominios, y sus vasallos se aprovechan de esto para divertirse noche y día. La vida es corta, dicen, y es preciso apoderarse de los placeres como se puede.

El señor, constantemente en sus habitaciones situadas en un pabellón que se alza entre desiertos jardines, ni ve ni oye nada. Excepción hecha de algunos servidores privilegiados, nadie se puede acercar á él, y solamente su hija, la princesa Hana-Dori, también llamada El Pájaro-Flor, le dirige la palabra.

— ¡ Ah! Habladnos de la princesa Hana-Dori, — exclamó Yamato.

— Esa es la maravilla del Japón, — contestó la Cigüeña-Bailadora con cara de éxtasis. — Y cuenta que no por haberla educado y quererla como si fuese mi hija hablo así : yo sé perfectamente lo que es belleza, y he conocido á princesas incomparables. Pero la princesa Hana-Dori es una diosa, es la perfección personificada, es un milagro.... Sin hablar de sus cantos, de sus bailes, y de su ciencia completa en todas las artes que la colocarían en primera línea entre todas las mujeres si estuviese privada de otros encantos, voy á describirla personalmente. El óvalo de su rostro es purísimo y alargado, y por su forma semeja la mitad de una sandía; sus cabellos, negros como la laca de Kioto, dibujan sobre su frente, al ocultarla á medias, la nevada cumbre de Fousi-Yama, pero aún la nieve parece sucia si se la compara á su tez. Sus ojos son frescos y brillantes como las Hermosas de la Mañana humedecidas por la lluvia; su nariz es recta y noble, su boca llena de deseos como la flor de Botán, y sus dientes semejan perlas de jade. Las cejas tienen la forma del arco de la luna cuando está en creciente, sus caderas son flexibles como la madera del sauce, los dedos finos y largos como esos pececillos que llamamos sirako, y sus brazos blancos como la pulpa

de los nabos. En fin, la hermosura de su cuerpo avergüenza á la luna : de pie, es como el ciruelo kaido, y sentada semeja una mata de peonías...

La Cigüeña-Bailadora, algo cansada, se detuvo para tomar aliento.

— ¡ Hermosa descripción ! — exclamó Yamato.

— Daría un dedo de la mano derecha para ver el original de ese magnífico retrato.

— No es la belleza de la princesa Hana-Dori lo que aquí nos ha traído, — dijo el príncipe mucho más interesado por cierto de lo que quería aparentar.

— Si así os he hablado del Pájaro-Flor, — repuso la falsa nodriza, — se debe á que únicamente ella puede obtener de su padre lo que deseáis. Ella solamente está enterada de los trabajos de su padre, le ayuda en sus pesquisas algunas veces, pues sabe mucho de literatura y poesía, y hasta en filosofía sabe también, y los sacerdotes de los grandes templos de la capital vienen con frecuencia para hablar con ella y salen maravillados del alcance y penetración de su inteligencia. Ante todo, es preciso gustar á la princesa y obtener su confianza, pues de otra manera nunca conseguiréis que el precioso documento que está en poder de nuestro señor os sea comunicado.

— ¡ Pues bien ! La noche entra y tenemos que apresurarnos. Tal vez sea ya demasiado tarde para que la princesa nos reciba.

La Cigüeña-Bailadora dió con el codo á Yamato para que se fijase en la hermosa impaciencia del príncipe.

— Ya he enviado, — dijo, — á varios servidores para que previniese ná Hana-Dori : ellos la informarán de que un joven príncipe ha hecho el viaje de Kama-Koura á Tokio sin más objeto que ver al daimio, su padre, á quien precisamente no se ve nunca. Es seguro que eso le llegará al alma y os concederá una audiencia á fin de poder transmitir al príncipe vuestro deseo.

— Pero con estos trajes estamos muy poco presentables, — dijo San-Dai arreglando con inquietud los pliegues de su túnica de sombrío crespón gris.

— No hay que preocuparse por eso. El Pájaro-Flor juzga á los hombres por su corazón y por su inteligencia y no se ocupa de su vestidura.

Entonces las jovencitas asomaron sus lindas cabezas por las entreabiertas puertas, y, agitando el calzado de los jóvenes, les invitaron á que fuesen á ponérselos de nuevo. Los servidores habían vuelto trayendo la excelente noticia de que la princesa Hana-Dori, consintiendo en

recibir al hijo del daimio de Kama-Koura, le esperaba al punto.

— En marcha, — exclamó Yamato : — hagámonos dignos de tan señalado favor no perdiendo un minuto.

La Cigüeña-Bailadora encendió una linterna rojiza en la que estaban pintados unos escudos de armas, y se puso en pie diciendo :

— Yo serviré de guía.

Hizo señas á tres de las jovencitas para que la siguiesen, pasó ella delante llevando la linterna colgada al extremo de una caña de bambú, y juntos salieron de la casa de té.

Fuera, la muchedumbre había disminuido. Los que allí iban á pasar un rato para curiosar sin gastar dinero se habían retirado ya, mientras los otros organizaban sus partidas, contrataban bufones y bailarinas, y desde el interior de las casas de té, músicas y cantos se hacían oír mezclados con risas, ruido de vasos que chocaban, y con los estampidos de las botellas de champaña.

Grupos semejantes al formado por San-Dai y sus compañeros, precedidos todos por personas que llevaban una linterna al extremo de un bambú, entraban ó salían de las Casas Verdes que habitaban cortesanas de primero y segundo orden.

Semejantes á ídolos, al parecer ignorantes de

3
BIBLIOTECA
MONTERRREY, MEXICO

todas las miradas que cual saetas se clavaban en ellas, y en medio del oro y de las flores de sus preciosos trajes que caían formando graciosos pliegues, estaban sentadas sobre alfombras, apoyaban los codos en bordados almohadones, y pasaban el tiempo fumando, leyendo ó escribiendo unas con los ojos entornados, y soñadoras otras. De tiempo en tiempo un servidor se acercaba para decirles en voz baja una palabra, y entonces, una de ellas se levantaba y se alejaba andando perezosamente.

Yamato fingió viva indignación.

— Verdaderamente, — dijo, — esas costumbres de Europa y de América ganan demasiado terreno entre nosotros. ¡ Esto es escandaloso ! ¿ Se hubiera podido creer en otros tiempos que las damas de honor de nobles princesas se mostrasen tan desvergonzadamente á la muchedumbre ? — La persiana de bambú se mantenía siempre baja cubriendo sus moradas, y los mismos samourayes las distinguían únicamente como sombras misteriosas, como se distingue á los hermosos pececillos que con destellos de nácar y de oro se deslizan bajo el espesor del agua verde. — Verdad es, — agregó á manera de excusa, — que la noche es calurosa y que hoy es la fiesta de las Muñecas.

Los fragmentos de canciones que por instantes vibraban por el aire eran terriblemente modernos también :

« ... En otros tiempos, el camino para venir al Yosi-Wara era largo y penoso : los norimomos, que llevaban hombres, se arrastraban muy lentamente. Y hasta los más veloces caballos no acababan nunca de llegar.

« Vivan los ferrocarriles que desde todos los puntos del imperio nos traen hoy en pocas horas al palacio de la alegría... »

Ó mejor aún :

« Encarecidamente te lo ruego, ¡ oh ! deliciosa jovencita ; permite que entre tu cama y la mía establezca un teléfono... »

Funcionarios y estudiantes disfrazados de europeos, con movimientos torpes y poco graciosos, pasaban dándose importancia, chupando el puño de oro de sus bastones, y mezclando en su conversación palabras inglesas y francesas. Y el príncipe los encontraba ridículos, y tenía que hacer grandes esfuerzos para no reírse al verlos.

En aquel momento llegaron á otra calle más tranquila. La Cigüeña-Bailadora se detuvo ante una casa de elegante apariencia, cuidadosamente cerrada, y poco alumbrada por la parte exterior.

Penetraron en el vestibulo pasando por entre dos filas de servidores que al paso del príncipe se prosternaron, y detrás de él, Yamato pasó arrojando puñados de monedas.

— Aquí os dejamos, señor, — dijo el estudiante dirigiéndose á San-Dai ; — según parece, El Pájaro-Flor quiere recibirlos solo.

La Cigüeña-Bailadora levantó un cortinaje de raso bordado y entró con Yamato y las sirvientas en una sala de la planta baja, mientras otras jovencitas, extremadamente hermosas y vestidas como lindas mariposas, se llevaban al príncipe hacia la escalera y allí le despojaban nuevamente de sus zapatos.

Para reemplazarlos le pusieron unas sandalias de esas que llaman *fucouzori*, y que tan difíciles son de llevar para los que no están acostumbrados á ellas, pues únicamente se sujetan á los pies con un cordón que se anuda por encima del pulgar.

Complicado resultaba subir la escalera de preciosa madera cuidadosamente encerada, y el príncipe, calzado de aquella manera, resbalaba á cada instante ; tanto, que las jóvenes se vieron precisadas á servirle de sostén hasta llegar al descansillo.

Ya arriba, le hicieron entrar en el salón de

honor, y allí encontró el lujo propio de un palacio señorial. Las paredes y las puertas estaban decoradas con pinturas deliciosas ; las esteras eran de immaculada blancura, de pelo de cabra las azules alfombras, y, entre almohadones bordados, suntuosos biombos, estantes delicados llenos de objetos exquisitos, y vasos de bronce en los que resplandecían ramos de flores sabiamente combinados, flotaba sutil y cálido perfume.

En la entrada le recibió una dama de honor perfectamente distinguida, hizo que se sentase, y fué á prevenir á su dueña.

IV

LA PRESENTACIÓN

IV

LA PRESENTACIÓN

EL principe San-Dai luchaba en vano contra la extraordinaria emoción que de él se apoderaba sólo al pensar que iba á encontrarse en presencia de aquella joven tan hermosa y tan sabia. ¿Le parecería torpe? ¿Acertaría á dirigirle la palabra? ¿Resultaría antipático á la noble princesa? Y esos pensamientos le llenaban de tristeza, pues desde que había oído pronunciar el lindo nombre del Pájaro-Flor, había experimentado singular turbación, algo así como el choque de un presentimiento; y él, que nunca había pensado en mujeres, llegando al extremo de despreciarlas un poco, considerándolas como seres frívolos y falaces, se veía en la precisión de confesarse con profunda sorpresa,

30243

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 AVILA ROSALES
 1925 MONTERREY, MEXICO

que la sola idea de esta princesa desconocida alteraba su corazón y borraba todos los recuerdos de su cerebro.

La dama de honor volvió, abrió una puerta que daba acceso á otra habitación muy iluminada, y se postró de rodillas extendiendo las dos manos sobre el suelo.

Inmediatamente después se hizo oír un crujido de sedas que al parecer se arrastraban, y la hermosa Hana-Dori cruzó la sala aquella muy lentamente y dejando ver su perfil al volver un poco la cabeza para mirar al príncipe.

Efectivamente, resultaba imposible imaginar belleza más encantadora, y el retrato trazado por la Cigüeña-Bailadora estaba muy por debajo de la realidad. De gracia majestuosa, porte altivo pero conmovedor á la vez por una extraña expresión de melancolía, el Pájaro-Flor llevaba con encantadora soltura un manto magnífico de seda color violeta claro, con amplias mangas, y cubierto de tortugas bordadas con oro, de bambúes y de flores de cerezo. Por encima del hombro fijó en el príncipe una mirada rápida pero llena de profunda ansiedad, y haciendo una ligera inclinación se alejó. La dama de honor se levantó y desapareció también tras la puerta que cerró ella misma.

Tan emocionado y maravillado estaba San-Dai, que sólo confusamente podía preguntarse lo que significaba aquel extraño ceremonial.

De nuevo se encontraba solo. ¿Se reduciría á aquello toda la recepción? ¿Acaso no volvería la princesa? En aquel momento deseaba con tanto ardor su presencia, que pensando en la posibilidad de que no volviese le entraban ganas de llorar.

Pero la dama de honor entró por otra puerta, y acercándose á él y haciendo profunda reverencia le dijo :

— Monseñor, habéis tenido la felicidad de complacer á mi señora; consiente en acojeros, y dentro un instante estará aquí.

— ¿Qué significa esta fórmula? — se preguntó San-Dai. — Decididamente, en Kama-Koura estamos muy atrasados.

El Pájaro-Flor entró entonces echando hacia atrás su manto con movimiento que hizo realzar aún más toda la gracia de su flexible cuerpo. Con enternecida efusión se arrodilló junto al príncipe, y hundiendo, al apoyar el codo, la seda de un almohadón bordado, habló así con voz que la emoción hacía temblar.

— ¡ Oh, señor mío ! ¡ Tú ignoras que me salvas la vida ! Si otro cualquiera estuviese ahí, en tu

lugar, ó si tú no tuvieses ese rostro encantador, esa mirada de terciopelo y de llama, esta noche hubiera sido la última de mi vida. ¡ Me he negado tantas veces !... Estaba en mi derecho, pero todo tiene sus límites y la noche suprema era la noche de hoy. Antes que ceder con repugnancia hubiera preferido morir. ¿ Verdad que la vida de un ser es muy poca cosa ? Una burbuja de aire que se forma y como una perla sube á la superficie de la mar ; se balancea allí un instante irisándose á la luz, reflejando el espacio y el cielo, y luego estalla sin dejar huellas, sin causar la menor turbación en la inmensidad del mundo. Sin embargo el alma teme lanzarse por sí misma y antes de la hora en lo desconocido de otra vida ó en el abismo de la nada, y yo confieso que, nacida para amar, hubiera llorado al morir antes de conocer el amor. ¡ Oh, príncipe mío ! Para ti me he conservado hasta hoy y te agradezco que hayas venido.

San-Dai la contemplaba con encanto y con estupor. Siguiendo los movimientos de aquella boca exquisita, desvanecido por la húmeda mirada de aquellos ojos, y conmovido hasta el fondo de su ser por las tiernas inflexiones de aquella voz, ni siquiera se asombraba de las

cosas tan raras que le decía, y que, por lo demás, apenas escuchaba.

Cuando se hubo callado, San-Dai balbució :

— Yo había venido para ver al príncipe tu padre, y con objeto que me concediese un favor,... sí, un favor muy grande,... el de enseñarme el precioso manuscrito... sí... el manuscrito de ese filósofo tan célebre... He olvidado su nombre, pero el manuscrito es inédito, es un verdadero tesoro. Y me han dicho que tú, la hija adorada del sabio príncipe, ¡ oh, sí ! su hija muy adorada, eras la única persona que podías intervenir para que lograrse lo que deseo,... tú sola, pues en verdad no hay otra como tú en el mundo.

Hana-Dori, muy sorprendida, retrocedió un poco.

— ¡ Ay ! — dijo. — ¿ Acaso ese joven de tan hermosa apariencia y hacia quien mi alma ha volado con tan irresistible impulso estará ébrio ó privado de razón ?

Y San-Dai, que poco á poco se serenaba, contestó :

— No estoy loco, estoy extasiado ante tu belleza. Perdóname princesa si me he expresado mal. Sin embargo, he dicho la verdad. Del castillo de Kama-Koura he salido, abandonando

pesaroso mi cuarto de estudio para ir á ver al sabio daimio, y aquí me han conducido, á tu palacio.

Ella se levantó bruscamente, muy pálida y temblorosa.

— ¿En donde creéis estar, señor? — exclamó.
— Os han engañado, eso es evidente, pero yo no soy cómplice en el engaño y experimento verdadero pesar viendo que represento un papel, inconscientemente, en el singular complot de que sois víctima.

El príncipe recordó entonces todas las sorpresas de su viaje y las dudas que le habían acometido. Vió de nuevo al daimio de Kama-Koura exhortándole para que abandonando el estudio se divirtiese de cualquier manera; se le apareció el pálido rostro de su inquieta madre, y el médico, moviendo, al tomarle el pulso, la cabeza cargada de preocupaciones, al ver que se negaba á aceptar frívolos placeres. Y entonces se lo explicó todo; adivinó que por afecto le habían arrancado á la fuerza de su reclusión harto prolongada, y que, con autorización del señor, el alegre Yamato había imaginado la fábula inverosímil del manuscrito inédito. La historia del Buda que en la casa de té le habían hecho leer se presentó á su imaginación, y no le quedó ninguna duda con respecto al lugar donde se encontraba.

Muy pálido, y presa de la más grande irritación, se puso en pie.

— ¡Me han hecho traición! — exclamó. — Se han burlado de mi indignamente y me han tratado como á un niño testarudo... Pero, ¿acaso creen que conseguirán divertirme á la fuerza?

A todo esto, el Pájaro-Flor, muy digna, de pie, y apretándose al talle los soberbios pliegues de su manto, miraba al joven con tristeza.

— Señor, — le dijo, — apenas si comprendo confusamente lo que os sucede, pero se me antoja que no tenéis razón para irritaros tanto puesto que, habiendo advertido á tiempo el lazo, podéis escapar. Yo puedo ayudaros á salir de este lugar de infamia, ya que en él no estáis por vuestro gusto, sin que se enteren los que os acompañan. De este modo los burlados serán ellos, y al volver á vuestros gratos estudios podréis reiros de su desencanto. Por mi parte, sólo un favor tengo que pedir, y es que me creáis inocente en todo, perfectamente inocente.

— ¡Inocente! He ahí una palabra que no puede seros aplicada, — dijo San-Dai con expresión de doloroso desprecio.

— Príncipe, hacéis mal al juzgarme sin conocerme... Esta aventura podrá pareceros insignificante, pero para mí es una desgracia irreparable.

Lo que será del Pájaro-Flor cuando os habréis marchado, eso, no lo sabréis nunca.

— ¡ Ah ! — exclamó el príncipe retorciéndose los brazos. — ¡ Una joya sin precio arrojada en un pantano ! ¡ Una maravilla tan resplandeciente hundida en el barro !

Inmóvil, más pálida á cada momento, y con los ojos medio cerrados, ella dijo con frialdad :

— La puerta de mi jardín da á una callejuela solitaria : venid, señor, mi doncella os guiará.

— No, y cien veces no, — dijo el príncipe desplomándose sobre los almohadones. — Harto han conseguido lo que se proponían. Princesa ó cortesana, eres para mí la única en el mundo y aunque quiera no puedo alejarme de aquí.

Dando un salto, ella cayó de rodillas á su lado exclamando :

— ¿ Es cierto eso ? ¿ Es cierto eso ? ¿ Sabiendo quien soy no me rechazas ?

— Nunca he querido á ninguna mujer, y para desgracia mía, Hana-Dori, á ti es á quien quiero.

— ¡ Qué el cielo me conceda esa felicidad ! — exclamó ella. — ¡ La embriaguez del amor allí donde creía encontrar un suplicio cien veces peor que la muerte !... Pero no me conoces y quiero que me conozcas, quiero que lo sepas

todo. Tal vez entonces reconocerás que lo que merezco no es desprecio, sino compasión.

— Habla, habla, — contestó el príncipe : — tu voz es deliciosa, y nada me importa que tus discursos sean aprendidos para seducir mejor.

Ella le cerró la boca cubriéndosela con su linda mano blanca y suave como las camelias.

— No me dirijas palabras crueles y sobre todo no dudes de mi sinceridad : si me injurias exigiéndomelas, tendrás las pruebas de que cuanto voy á decirte es la pura verdad.

— Antes, si quieres que pueda oírte, con tus adorables manos cubre mis ojos que se extasían contemplando tu belleza.

Ella se puso seria, algo enfadada, y replicó :

— Te lo suplico, óyeme. No pocos motivos tengo para creer que soy de sangre tan noble como la tuya, pues siendo niña, durante los horrores de la última guerra civil, fui robada por servidores cuando se incendió el palacio de mis padres. Los ladrones me trajeron á Tokio, esta ciudad inmensa en la que tan fácil resulta ocultarse, y me vendieron á una cortesana casada y propietaria de varias Casas Verdes en el recinto del Yosi-Wara. Me educaron en impenetrable retiro con lujo y cuidado extraordinarios, gastando enormes cantidades de dinero con los

más célebres profesores. Me cuidaron como á una flor, me adornaron como á un ídolo, y no omitieron esfuerzo para hermosear mi cuerpo y mi espíritu... Pero hasta los menores gastos eran anotados en un registro, y todo ese oro iba formando poco á poco una cadena á mi libertad que había de ser imposible que se rompiese nunca. Cuando estuve en edad de comprender, me revelaron mi destino. Entonces, á punto estuve de morir de horror y de pesar. Desgraciadamente habían llenado mi joven corazón de los más hermosos sentimientos y abierto mi inteligencia á las ideas más nobles y generosas. Me habían enseñado poesía, música, danza, y todas las delicadezas del lenguaje y de los modales : habían hecho de mí una verdadera princesa, y todo con objeto de venderme más cara á cuantos viniesen. ¡Y pensar que tal vez pertenezco á una raza ilustre! En mi interior mi sangre parecía decírmelo á gritos. Hice que me trajesen mis vestidos de niña, los mismos que vestía el día que me robaron á mi familia, para ver si podía descubrir algún indicio que revelase mi origen, que me permitiese pedir socorro á aquellos de quienes había nacido si aún estaban vivos para ser rescatada y salvada. Mis ropas todas eran de extremada elegancia y esta-

ban hechas con esas telas que aún se fabricaban especialmente para los príncipes y en las que los escudos de armas estaban tejidos, pero en vez de emblemas heráldicos encontré agujeros, y mi origen siguió siendo obscuro para mí. El sitio en que los escudos se habían parecido, había sido cortado. Inútil fué que descosiese los forros y buscase entre los dobladillos, no encontré nada. Entonces derramé abundantes lágrimas con gran furia de aquellos á quienes pertenezco. Me demostraron que mis ojos eran una mercancía de gran valor, y que no tenía ningún derecho para deteriorarlos. Devorando mi dolor encerré mis vestidos en un cofrecito y con aquellos girones todo cuanto de mi ignorada infancia me quedaba. Y enterrándolos, enterré con ellos todo mi orgullo y toda mi esperanza. Con todo, desde el fondo de mi corazón juré morir antes que entregarme sin amor... Y tu me salvas, ¡oh príncipe mío! tú, á quien esperaba y á quien quiero pues eres el ideal por mi soñado.

— Creo sin esfuerzo, — contestó San-Dai, — que la sangre que hizo florecer tu belleza fué de lo más noble que puede existir, pero, ¿florece para mí solo? ¿Soy el primero á quien cuentas esta conmovedera historia?

— Eres el primero y serás el único, — exclamó

ella con firmeza. — Tengo la felicidad de ser tan pura como la nieve del monte Fousi.

— ¿Cómo creerlo encontrándote donde te encuentro?

— ¡Ah, mi señor y príncipe! Me han guardado tan celosamente como se puede guardar á una hija del Mikado. Excepción hecha de los profesores y de algunos sacerdotes viejos que me han enseñado moral y filosofía, nunca he hablado con ningún hombre.

— ¿Y cual es el medio de libertarte, víctima encantadora? Dime lo que puedo hacer por ti.

Ella sonrió con gracia y ternura infinitas.

— ¿Lo que puedes hacer por mí? — repitió. — Pues quererme con toda tu alma durante algunas semanas, y luego dejarme morir dichosa...

— No me hables de morir, — contestó él estrechándola entre sus brazos.

En aquel momento, Yamato, dando un salto prodigioso, se plantó en medio del salón y gritó dando palmadas:

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Qué me dices, señor, de mi filósofo chino?... Veo que no te disgusta.

El Pájaro-Flor había retrocedido vivamente con gesto de pudor ofendido: sin embargo, saludó al recién llegado.

— Lo que digo, — contestó muy formalmente el príncipe, — es que tal vez, al verme tan bien convertido á su doctrina, se lamentará haberme llevado hacia él.

— ¡Bah! ¡Bah! Entretanto, — dijo Yamato, — celebremos vuestras bodas.